

Reseña.

Reseña: L'invention du réalisme, de Etienne Bimbenet.

Claudio Cormick.

Cita:

Claudio Cormick (2018). *Reseña: L'invention du réalisme, de Etienne Bimbenet*. Reseña.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/claudio.cormick/69>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pq15/eWo>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

SOBRE *L'INVENTION DU RÉALISME* DE ÉTIENNE BIMBENET

CLAUDIO CORMICK

Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (SADAF), Argentina

ÉTIENNE BIMBENET, *L'invention du réalisme*, París, Les éditions du cerf, 2015, 320 pp.

Del realismo a las reglas

L'invention du réalisme, última obra de Étienne Bimbenet (conocido por libros como Merleau-Ponty, *Nature et humanité* y *Après Merleau-Ponty*, y, más recientemente, por su *L'animal que je ne suis plus*) renueva el viejo problema fenomenológico del realismo –ya presente en la discusión husserliana acerca de la actitud natural– enmarcándolo como una cuestión de antropología filosófica. En efecto, el realismo –entendido precisamente como la *actitud* de concebir el mundo como trascendente a nosotros, como algo “más viejo que nosotros y que nos sobrevivirá”– es, según el punto de partida de Bimbenet –y en una original lectura del abordaje del problema animal por parte de Heidegger y de Von Uexküll–, un rasgo distintivo del ser humano; ningún abordaje “continuista” que intente explicar las particularidades del *Homo sapiens* en términos de diferencias meramente de grado con respecto a la esfera de la animalidad podrá, so pena de distorsión, ignorar esta característica. Lejos de abandonar una preocupación –cara, por lo demás, al legado de Merleau-Ponty– por los resultados de las ciencias empíricas, Bimbenet se sirve precisamente de los hallazgos de la

etología y la psicología del desarrollo para establecer las particularidades que oponen el “realismo humano” al “idealismo animal” e intentar, a continuación, explicar cómo aquel ha podido emerger.

En la primera de las tres partes en que se articula el libro, denominada “Naturaleza y lenguaje”, el filósofo francés comienza cuestionando los tratamientos del problema de la conciencia que obtendrían sus credenciales naturalistas justamente a riesgo de nivelar la especificidad de la percepción y el lenguaje humanos con respecto a sus contrapartes en el mundo animal. Enfrentado, ante todo, a la problemática de la representación, Bimbenet se opone a los enfoques que extienden el alcance de este concepto a un grado tal que queda borroneada la distinción misma entre la *conciencia* –incluso animal– y procesos meramente mecánicos de “sensibilidad” al entorno. Una crítica similar, *mutatis mutandis*, es la que dirige Bimbenet a los análisis que –como es el caso del propio Merleau-Ponty– privilegian la dimensión específicamente *práctica* de la interacción humana con el entorno, en desmedro de la teórica: si –objeta Bimbenet– hemos de concebir el mundo como simple correlato de *nuestras* operaciones prácticas, habremos renunciado con ello mismo a siquiera describir nuestro realismo, el cual se caracteriza precisamente –y en oposición al “idealismo animal”– por el movimiento

por el cual el sujeto “sale de sí mismo” y se convence de que el mundo es otra cosa que tal correlato; esto es, de que la existencia del mundo no es ontológicamente subjetivo-dependiente.¹

A continuación, Bimbenet se centra en el problema del lenguaje para destacar el modo en que esta práctica humana se rige por convicciones realistas: hablar, nos señala el autor, es siempre presuponer la existencia de aquello de lo cual se habla; nuestros juicios –y esto no tiene, según Bimbenet, parangón en el mundo animal– quedan marcados por el éxito o el fracaso en virtud de su adecuación o inadecuación a un *referente*, y no por la satisfacción de una necesidad práctica. En este punto, sin embargo, la fidelidad *descriptiva* de esta reconstrucción del realismo humano debe, subraya Bimbenet, conciliarse con la necesidad de ofrecer una *explicación* de la emergencia de una tal actitud, y es aquí que la crítica a las teorías naturalistas y praxiológicas deja lugar a su opuesto simétrico, que hace del lenguaje una “especie de milagro”.² Así, el filósofo francés rechaza el “objetivismo semántico” de Frege por acercarse al fenómeno de la referencia asumiendo sin más la existencia de referentes reales a los que el sujeto parlante no hace más que acceder, tratamiento éste que perdería de vista el problema de cómo pudo *originarse*, en un ser viviente como el humano, esta capacidad.³ Buscando el equilibrio entre los dos extremos, Bimbenet acepta provocativamente, despojándola

de los rastros de ironía que preserva en Derrida y Descombes, la lectura sobre el problema de la intencionalidad en Husserl que remarca cómo, para el padre de la fenomenología, “la relación intencional con el objeto [...] va a su objeto por ella misma”; esto es, se dirige intencionalmente a aquél independientemente de que él se encuentre dado o siquiera *pueda* darse.⁴ Para Bimbenet, esta tesis de *Ideas I* reviste una importancia antropológico-filosófica de primer orden: el realismo humano consiste precisamente en la postulación, al modo de una “idea” kantiana, de un objeto susceptible de darse de modo completo, incluso si ninguna de nuestras experiencias –constantemente limitadas– autoriza un postulado tal.

Esta tesis sobre una tensión entre lo dado y lo presupuesto, que Bimbenet ve como definitoria de la relación humana con lo real en tanto mediada por el lenguaje, da también ocasión al autor para introducir a continuación, en el capítulo VI, una discusión de la “pragmática trascendental” de Habermas y Apel; el realismo propio del lenguaje se extiende a la dirección de aquel hacia “una referencia y una comunicación indefinidamente abiertas”.⁵ Bimbenet se suma aquí a los propios autores alemanes –así como a sus críticos– al señalar las tensiones que comporta esta descripción del lenguaje: cualquier pretensión de validez lingüísticamente vehiculada nos lo presenta como “un conjunto de actos contingentes portadores de

1. Cf. *I.R.*, p. 76.

2. *I.R.*, p. 103.

3. *I.R.*, pp. 101-102.

4. Descombes, Vincent, *Les institutions du sens*, Paris, Ed. de Minuit, 1996, p. 36, citado en *I.R.*, p. 119.

5. *I.R.*, p. 127.

pretensiones infinitas”, que se compromete con “condiciones inverosímiles”;⁶ una descripción como la habermasiana sugiere la vía de una “reevaluación a la baja de estas pretensiones, en beneficio de una génesis más sobriamente empírica”.⁷ Frente a este tipo de amenaza reduccionista, Bimbenet insiste, siguiendo a Ferry, en que “el hecho de que no exista comunicación ideal no significa que no exista el ideal de la comunicación”;⁸ más concretamente, la *experiencia* del lenguaje, la perspectiva de primera persona sobre éste —enfoque que Bimbenet describe, en sentido lato, como “fenomenológico”—,⁹ implica un compromiso con las pretensiones idealizantes descritas por la pragmática apeliano-habermasiana, de modo que las limitaciones fácticas de una situación de comunicación solamente puede ser constatada “desde afuera”, desde la actitud de tercera persona de aquel que *no participa* en el intercambio lingüístico. Este “objetivismo”, pues, no puede pretender ofrecernos un análisis completo sobre lo que el lenguaje *es*. Reivindicando así el enfoque pragmático-trascendental, Bimbenet subraya así la confluencia de aquel con sus previas observaciones acerca de la percepción; esta filosofía es la que nos enseña finalmente “que el realismo es inseparable de un idealismo trascendental, la consecuencia de una pretensión de totalidad planteada por un sujeto”.¹⁰

La segunda parte, “Carencia y exceso”, se inicia en consecuencia con la pregunta, planteada en el capítulo VII, acerca de esta idealidad que el autor describe como una constante en la existencia humana. Aquí Bimbenet vuelve una vez más sobre Husserl a quien reconoce el mérito de haber abordado el problema central para una antropología filosófica que se tome en serio nuestro origen animal: la cuestión de “cómo un sujeto viviente puede salir de sí mismo”. Bimbenet destaca en el fundador de la fenomenología la preocupación por investigar “la correlación particular entre los objetos ideales de la esfera puramente lógica y lo vivido subjetivamente psíquico”; esto es, por recurrir a los datos de la conciencia para, ello no obstante, cuestionar el psicologismo y fundamentar los derechos del conocimiento objetivo.¹¹ El autor francés rastrea en Husserl el esclarecimiento de la noción de idealidad, en el cual detecta, bajo la aparente univocidad del discurso husserliano, una doble formulación. En primer lugar, el modo de ser de la idealidad aparece descrito en los términos de un realismo genérico: “es ideal aquello que no necesita de mí para existir”,¹² aquello que puede estar presente en ausencia de nosotros. Sin embargo, para Bimbenet podemos encontrar en Husserl también una segunda formulación de este tema, centrada esta vez no en la ausencia sino en la multiplicación de las vivencias.

6. *I.R.*, p. 128.

7. *I.R.*, p. 128.

8. Ferry, J.-M., *Philosophie de la communication*, I, p. 38. Citado en *I.R.*, p. 132.

9. *I.R.*, p. 139.

10. *I.R.*, p. 139.

11. *Cf. I.R.*, p. 151.

12. *I.R.*, p. 152.

La idealidad se define, en este caso, como la “unidad de significación” a través de la dispersión de aquellas.¹³ Ahora bien, incluso si las dos definiciones coinciden en desplazar del centro a la subjetividad individual —la idealidad es correlativa de nadie o de todos—, es la segunda de ellas, remarca Bimbenet, la que pone de manifiesto la intersubjetividad, la que “no me deja solo frente a la cosa”.¹⁴ La actitud realista puede entenderse así como resultado de “la comunicación”, tesis que el capítulo VIII, a continuación, intentará confirmar a partir de consideraciones psicogenéticas. La psicología del niño, señala el autor francés, encuentra en el realismo precisamente su tema central: se trata de determinar cómo aparece en el niño la distinción, inicialmente inexistente, entre sí mismo y el mundo exterior, cómo este último comienza a revelarse como independiente de aquel.¹⁵ Aquí la exposición de Bimbenet presenta dos etapas. En primer término, sigue la reconstrucción de Piaget acerca del modo en que el mundo empieza a presentarse para el niño como un conjunto de “invariantes”, esto es, compuesto por objetos espacio-temporales que guardan cierta constancia.¹⁶ No obstante, señala el autor, la trascendencia del mundo es ciertamente más que esto, de manera que, abandonando la reconstrucción de una vida en solitario,

debemos tomar en consideración el rol de la interacción social para explicar el surgimiento del realismo.¹⁷ El fenómeno que se revela aquí como clave es el de la comunicación pre-verbal: por medio del gesto con el que el niño apunta a una cosa ante un tercero, al cual desea *llamarle la atención* sobre aquella, se revela que el niño reconoce ya como tal a otra conciencia, otros “estados internos”.¹⁸ La postulación de un mundo *trascendente* sería, así, dependiente de la postulación de un mundo *común*;¹⁹ no llegamos al mundo más que “llevados por el otro”.²⁰ La realidad tal como nos aparece en la actitud realista emerge del “sueño de un acuerdo completo con el otro”.²¹ Son estas indicaciones las que Bimbenet busca profundizar cuando aborda, en el capítulo IX, la cuestión del aprendizaje del lenguaje; esto es, el pasaje a la indicación específicamente lingüística. En este sentido, la conciencia que el niño tiene de la intersubjetividad puede analizarse —siguiendo el modelo del gesto pre-lingüístico— por medio de la distinción entre los usos imperativos y los declarativos del lenguaje: mientras con los primeros el niño solamente se dirige al adulto como un medio para obtener determinado fin, en el caso de los segundos el propósito es, a la inversa, la interacción misma con el adulto, para la cual es esta vez la cosa la que queda reducida

13. *I.R.*, p. 156.

14. *I.R.*, p. 139.

15. *I.R.*, p. 171.

16. *Cf. I.R.*, pp. 171-176.

17. *Cf. I.R.*, p. 176.

18. *Cf. I.R.*, p. 177.

19. *I.R.*, p. 180.

20. *I.R.*, p. 181.

21. *I.R.*, p. 207.

al rango de simple medio. Así, la actitud declarativa aparece como un acto social fundamental;²² el nombrar, como “declarar la cosa a la atención del otro”.²³

En el capítulo X, que abre la tercera y última parte del libro, denominada “Universalidad y necesidad”, Bimbenet introduce el problema paradigmáticamente social, pero que ha soslayado hasta este punto del libro, que es el de la *normatividad*.²⁴ La actitud realista, señala aquí Bimbenet, es una creencia con caracteres que debemos rastrear en prácticas sociales. Ante todo, el autor se sirve de la obra de Durkheim para llamar la atención sobre el hecho de que la eficacia de la sociedad en el acto de instituir determinados símbolos que serán tomados como representativos de lo real no se limita en la obra durkheimiana a un fenómeno puntual y en cierto sentido no-racional como lo es la religión: el “poder ontológico de las reglas” se extiende a “lo racional en nosotros, y por lo tanto a nuestra relación con lo real mismo”.²⁵ Los símbolos con los que nos manejamos en nuestras actividades cognitivas se imponen “desde arriba”, en virtud de la autoridad de la sociedad.²⁶ Por otra parte, esta autoridad de lo social hace que las idealidades sean percibidas *como* universales por los miembros de una sociedad

incluso si, vistas “desde afuera”, ellas no son más que las elaboraciones contingentes de una sociedad particular.²⁷

Esta tesis de la creación comunitaria y contingente de las certidumbres que le atribuimos a la realidad es reforzada en el capítulo XI, por su parte, apelando a Quine y al segundo Wittgenstein –el de las *Investigaciones filosóficas* y *Sobre la certeza*–. “El realismo”, escribe provocativamente el autor francés, “es un juego de lenguaje”,²⁸ impregna las categorías fundamentales de nuestro lenguaje y, si bien tales categorías son “instrumentos” de los que nos servimos y que podríamos abandonar, siguen siendo no obstante *los nuestros*, de manera que no se ve cómo podríamos, *nosotros*, pensar sin hacer uso de ellos. Más en particular, Bimbenet rastrea algunas de las creencias fundamentales propias de la actitud realista en el conjunto de las certezas de sentido común que Wittgenstein aborda bajo la célebre metáfora de los “goznes” o “bisagras” gracias a las cuales puede girar la “puerta” de otras creencias: la certeza, por ejemplo, de que el mundo existía hace más de cien años está simplemente presupuesta para dar sentido a la creencia de que alguien escaló cierta montaña hace mucho tiempo;²⁹ por otro lado, estas certezas se adquieren (se “tragan”) en el

22. Cf. *I.R.*, p. 187-188.

23. *I.R.*, p. 191.

24. *I.R.*, p. 208.

25. *I.R.*, p. 212.

26. Cf. *I.R.*, p. 219.

27. “La sociedad no es jamás otra cosa que la parte (particular) de un conjunto más vasto que se llama humanidad, pero es propio de ella tomarse por la humanidad. Sus instituciones, sus reglas, las normas de su funcionamiento hacen autoridad, lo que quiere decir que, implícitamente y antes de toda reflexión, ellas pasan por buenas absolutamente”. *I.R.*, p. 221.

28. *I.R.*, p. 239.

29. Cfr. *I.R.*, p. 242.

ejercicio mismo de incorporarse a una comunidad de lenguaje. Esta línea de análisis del contenido de la actitud realista conduce asimismo, en el decimotercer y último capítulo del libro, a volver a la pragmática trascendental de Habermas, esta vez bajo el prisma del debate con Rorty: las presuposiciones idealizantes que intenta reconstruir el autor alemán como subyacentes a la práctica comunicativa, y que son vistas con desconfianza por abordajes más austeros, incluyen precisamente la convicción -sostenida más allá de toda "prueba"- de que los distintos sujetos de un intercambio lingüístico accedemos a un mundo que es independiente de nuestras descripciones y más viejo que todos nosotros.³⁰ Lejos de ser un postulado teórico abstracto, el realismo se revela una vez más como operante en la práctica e impuesto por las necesidades de esta.

De las diversas maneras de decirse el realismo

El debate sobre el problema del realismo, cuya antigüedad en la filosofía convierte en un desafío especial todo intento de elaborar un aporte original, aparece así en el libro de Bimbenet bajo un tratamiento cuidadoso y exhaustivo, a través de un manejo de fuentes que rebasa la tradición fenomenológica (Husserl, Heidegger, Merleau-Ponty) a la que pertenecen los primeros libros del autor e incluye un

tratamiento detallado de otros autores de la filosofía continental (Apel, Habermas) y las corrientes analítica y neopragmatista (Quine, Wittgenstein, McDowell, Rorty). Si la mayor parte del libro ha de entenderse como un intento de *explicación*, científicamente informado -y objetado también sobre la base de estudios científicos-,³¹ de la emergencia de la actitud realista, Bimbenet es consciente de que aquella necesita apoyarse en una *descripción* sobre en qué consiste tal explanandum, y es en este terreno descriptivo que encontramos algunos ejes dignos de destacarse.

En primer lugar, es interesante remarcar que Bimbenet subraya el modo en que una actitud auténticamente realista necesita ser algo más fuerte que la simple conciencia de correlaciones sistemáticas entre posiciones del cuerpo propio y modos de darse de los objetos. Un intento de abordar el realismo de sentido común no puede simplificar su tarea por la vía de decir que, si la realidad de un objeto excede lo que captamos en una aprehensión sensible particular, esto se debe a que el objeto tiene también las propiedades que captaríamos desde *otras* posiciones; en rigor, el realismo "ingenuo" afirma mucho más que esto, a saber, que las cosas y sus cualidades específicas "no me debe[n] nada"³² y subsisten, de hecho, en correlaciones sistemáticas *con otros objetos* y no únicamente con las diferentes posiciones que podría adoptar un sujeto percipiente. La recusación de

30. Cfr. *I.R.*, p. 295.

31. Cfr. Al Saleh, Christophe, « Aux frontières du réel », *La Vie des idées*, 30 mars 2017, para una recensión del libro enfocada en el aspecto específicamente explicativo. Al Saleh cuestiona, en particular, la plausibilidad de la tesis de Bimbenet según la cual la actitud realista habría de hallar su génesis en una previa asimilación del mundo *social*; esta tesis, según su crítico, no logra dar cuenta apropiadamente del modo en que el realismo es apropiado también por niños afectados de trastornos como el autismo.

32. *I.R.*, p. 75.

la tesis que –haciendo de la experiencia del mundo un conjunto de correlaciones sensoriomotrices– acorta la distancia entre el “idealismo” fenomenista y el realismo que se intenta analizar es tanto más relevante cuando notamos cómo ella aparece en aun más casos que los que Bimbenet toma en consideración –como el de Alva Noë; el debate entre Dewey y Russell sobre la naturaleza de la percepción sensible, por ejemplo, es otra instancia de la misma reducción del realismo a un tipo de “correlacionismo”.³³

En segundo lugar, la descripción que hace Bimbenet de la actitud realista, en oposición al idealismo, es tal vez susceptible de un análisis más fino. Nuestro punto no será aquí ahondar en la objeción según la cual el autor francés se habría sumado al elenco de filósofos realistas que crean en el “idealismo” un adversario inexistente;³⁴ antes bien, quisiéramos señalar que el tratamiento propuesto por Bimbenet sobre el debate realismo/idealismo, en estrecha continuidad con el “realismo especulativo” elaborado por Quentin Meillassoux en *Après la finitude*, ataca una posición sin duda existente, pero que puede distinguirse de formas de “idealismo” menos cargadas y más plausibles. Concretamente: Bimbenet considera, como Meillassoux, que la cuestión del realismo puede

describirse de manera privilegiada desde un aspecto *cronológico*; a saber, a partir de la constatación científica de que el mundo ha existido mucho antes que los sujetos conscientes (y la predicción de modos en que podrá hacerlo después de que estemos extintos).³⁵ Aunque Bimbenet completa a Meillassoux señalando que es la percepción, aún antes que la ciencia, la que nos enseña la trascendencia del mundo, ambos autores están de acuerdo en otorgar relevancia a los descubrimientos de la ciencia acerca de una realidad “sin nosotros” a la hora de comprender la relación entre subjetividad y mundo. Este énfasis no es, sin duda, arbitrario: la existencia de un mundo anterior y posterior a la conciencia es un auténtico problema para la fenomenología, y la respuesta que brinda sobre él, por ejemplo, un texto capital para la tradición como lo es la *Phénoménologie de la perception* es característicamente insatisfactoria: Merleau-Ponty, como sabemos, pretendía resolver expeditivamente el problema de la precedencia del mundo respecto de la conciencia apelando a una fórmula que, en el mejor de los casos, resultaba crípticamente enigmática: “Nada me hará jamás comprender qué podría ser una nebulosa que no fuera vista por nadie. La nebulosa de Laplace no está detrás de nosotros en nuestro origen; está delante de nosotros,

33. Cf. Russell, Bertrand, *Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy*, London, Routledge, 1914; Dewey, John, “The Existence of the World as a Logical Problem”, en *John Dewey: The Middle Works 1899-1924, vol. 8: 1915*, J. Boydston (ed), Carbondale: Southern Illinois University Press, 1979, pp. 83-97.

34. “Bimbenet [...], en su libro de 2015, identifica el idealismo con el subjetivismo y el relativismo más elemental en el estadio de la conciencia del animal que, incapaz de objetivar el mundo como realidad fuera de él, hace de aquel una simple extensión de la cual él es el centro. Pero [...] ningún filósofo idealista ha jamás sostenido este tipo de posición”. Fogiel, Thomas, « L'opposition entre réalisme et idéalisme ? Genèse et structure d'un contresens », *Revue de Métaphysique et de Morale*, No 3/2017, p. 394.

35. Cf. Meillassoux, Quentin, *Après la finitude*, Paris, Éditions du Seuil, 2006, esp. pp. 24-38 y pp. 155-178.

en el mundo cultural”.³⁶ Esta era una respuesta que dejaba sin resolver el problema central del *referente* de esos objetos del “mundo cultural” que son nuestras teorías; esto es, si, y de qué modo concreto, estamos *epistémicamente justificados* (dado que se trata justamente de teorías, no de objetos del rango de las obras de ficción) al postular entidades a las que tendríamos que atribuir una localización cronológica anterior a la conciencia humana. Contra esta clase específica de idealismo, no cabe duda de que un realismo como el que defiende Bimbenet tiene el mérito de acercarnos a hacer justicia al hecho de que la conciencia no es eterna; que ella ha *surgido* en un determinado momento. Sin embargo, *L'invention du réalisme* parece pasar por alto la circunstancia de que la polémica sobre el realismo ha incluido, históricamente, no solo referencias a la trascendencia *cronológica* de la realidad con respecto al ser humano, sino también a la posibilidad de una deficiencia *estructural* de nuestro conocimiento en comparación con una realidad que presuntamente aquel no podría

captar en su ser “en sí”. “Realistas” han sido no solo teorías que se comprometen con la postulación de un mundo “sin nosotros” (y esta postulación no necesita negar que afirmamos la existencia de tal mundo precisamente porque *nuestro conocimiento* tiene un alcance lo suficientemente grande como para llegar a reconstruir el pasado y predecir el futuro); “realistas” son, también, teorías que declaran que la realidad es independiente de nuestras capacidades cognitivas incluso en el sentido de que estamos autorizados a postular como “real” presuntas cosas en sí que, por hipótesis, jamás podremos llegar a saber que existen. Bimbenet no se pronuncia acerca del “idealismo” más moderado que exigiría, simplemente, que no postulemos como real ninguna entidad más allá del alcance de un conocimiento, si no actual, al menos *posible*; sin embargo, se trata de una posición razonable, el cotejo con la cual permitiría precisar mejor el tipo de “realismo” que defiende el autor francés y cómo este se vincula con la herencia fenomenológica.

36. Merleau-Ponty, Maurice, *Phénoménologie de la perception*, Paris, Gallimard, 1945, p. 494.